

DEBEMOS ESCRIBIR UNA HISTORIA DE LA MUSICA AMERICANA

ESPIRITUALMENTE, los hijos de América seguimos viviendo demasiado aislados y distantes los unos de los otros. En particular, los artistas de una nación casi no tienen contacto con los de otra. Poco menos que nulo es el intercambio cultural entre las asociaciones o los hombres representativos del continente.

De suma importancia es este intercambio, pues tan sólo el conocimiento recíproco de cuanto hacemos o anhelamos hará posible el que cada uno de nuestros respectivos pueblos adquiera una clara visión del verdadero papel que desempeña en la creación y el desarrollo de la cultura continental.

Una tentativa notabilísima para el logro de tal acercamiento es la que desde hace un año viene realizando el Instituto de Estudios Superiores del Uruguay con la publicación del Boletín Latinoamericano de Música, a cargo del profesor Francisco Curt Lange, Director de la sección de investigaciones musicales de dicho Instituto. No menos importante es el cometido que, de acuerdo con su hermosa ideología, está llamada a cumplir la presente Revista de Arte. Publicaciones artísticas de esta índole deberían multiplicarse y divulgarse ampliamente entre todos los intelectuales, los artistas y los centros culturales

de cada una de nuestras grandes o pequeñas repúblicas americanas.

Por de pronto, no pretendo referirme aquí sino a uno de los muchos beneficios que podríamos obtener de tan fructuosos intercambios, cual sería la elaboración de una verdadera historia, que hasta ahora no existe, del desarrollo del arte musical en nuestro vasto continente. Interesantísimo asunto que bien vale la pena estudiar atentamente. Pero una obra semejante, ¿quién sería capaz de abordarla con todo el cuidado que se merece? Es imposible que nadie en particular pueda, por el momento, pensar seriamente en dedicarse a escribirla. Una historia de esta índole implica, necesariamente, un extraordinario acopio de materiales. Y ¿cómo reunir todos estos materiales, cómo proceder al estudio de tal cúmulo de documentos si no es valiéndose de la desinteresada colaboración de los especialistas de cada país que se han preocupado por estudiar la propia historia local? Dicha obra, pues, tendría que ser esencialmente colectiva. En esta forma, su realización no parece imposible de llevar a cabo.

¡Qué curioso, qué interesante panorama, tal vez, abriríase ante nuestros ojos si pudiésemos llegar a contemplar, en sus grandes líneas, los caminos todos por donde nos han llegado a estas tierras los gérmenes de nuestra música culta o los de nuestros sabrosos

ritmos y melodías populares! El detenido estudio de estos capítulos fundamentales: la música del aborigen, la de la época colonial, la de nuestros románticos abuelos del siglo pasado y la actual, artística o popular nos revelaría multitud de fases, aspectos o matices de nuestra sensibilidad y de nuestra peculiar psicología latinoamericana. No nos detenemos nunca lo bastante a considerar que, en efecto, «la vida política de una nación no es sino el aspecto más superficial de su ser» y que, «para conocer su vida interior, fuente de su acción, es preciso adentrarse en su alma, por la literatura, la filosofía y las artes, en las que se han reflejado las ideas, las pasiones, los sueños de todo un pueblo. El gran servicio histórico que nos prestan las artes consiste en ponernos en contacto con el co-

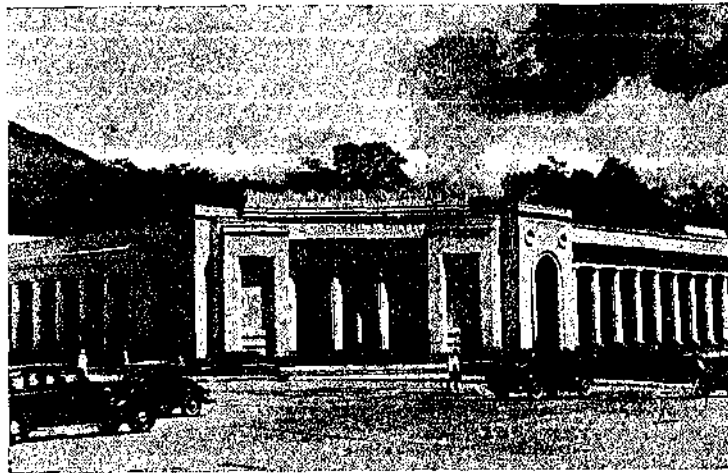
razón de una época, haciéndonos palpar el fondo de su sensibilidad» (Romain Rolland).

Ya que los americanos hemos comenzado a preocuparnos seriamente por la vida y futuro de nuestro continente; ya que nuestra «conciencia continental» se nos está revelando con intensidad cada vez mayor y cada vez más clara, justo es que hagamos lo posible por estudiarla y analizarla en todas sus manifestaciones, y principalmente en aquéllas que, por ser de carácter puramente espiritual, como las artísticas, pueden darnos las notas más justas de su efectividad y de sus más hondas verdades.

Caracas, 1937.

Juan B. Plaza,

Profesor de Historia de la Música
en la Escuela de Música de Caracas.



Museo Nacional de Artes Plásticas

Caracas (Venezuela)